

EC 12/3/68 (61)

19.2

EL LABERINTO Y EL HILO

El Teatro Recupera un Mito

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Hace menos de un mes renació en el Cuzco, en la interpretación de un conjunto teatral joven, el mito heroico de Túpac Amaru. Quienes vieron dicha representación —testigos extranjeros— quedaron sorprendidos de dos circunstancias excepcionales: de una parte, la calidad de la actuación y, de otra, la emocionada reacción del público ante la presencia del mártir redivivo mediante el arte. El mérito principal debe atribuirse a Emilio Galli, uno de los nuevos valores del teatro nacional, quien al establecerse en la antigua ciudad inició un cursillo de preparación para actores del cual surgió, por gravitación espontánea, el Teatro Popular del Cuzco. Un primer espectáculo de "Mimos y Pantomimas", en el que se emplearon como guiones leyendas populares y para las cuales se usó mano de máscaras y trajes folklóricos, dio el impulso fundamental a la agrupación. Luego fue elegida la obra "Tupac Amaru" de Oswaldo Dragún como segunda experiencia dramática de los arriacionados cuzqueños. La pieza del dramaturgo argentino exalta la figura del rebelde indio y la propone como un símbolo de esa redención que la nación quechua espera desde hace siglos. Dentro de una concepción moderna de la escena, enfatizando la esencia humana del cacique, contraponiendo sus ideales a los de sus victimarios, la creación de Dragún se aproxima al teatro épico, al teatro que narra para la razón y se empeña en clarificar la conciencia del público acerca de sus problemas sociales, que Bertold Brecht descubrió como perspectiva necesaria para el drama del presente y del futuro.

Hay diversos aspectos positivos y loables en el éxito de "Tupac Amaru" obtenido por el Teatro Popular del Cuzco y sus animadores encabezados por Emilio Galli. En primer término resulta aleccionador para los conjuntos de la capital el hecho de que un grupo de provincia —claro que de la provincia que más hondamente encarna lo peruano, lo americano auténtico— escoja para su debut una pieza que postula una filosofía, un pensamiento, el cual radica no sólo en su condición de instrumento para transfigurar la historia de nuestro pueblo, sino principalmente en la

actitud doctrinaria y humana que se promueve en la situación central del drama. Es evidente que la obra no se ha elegido por indigenista. Su valor estriba en recobrar un mito de su tumba temporal para hacerlo esplender en toda su grandeza sin tiempo, tendida más bien hacia el porvenir como indicio de renovación integral del hombre y su espíritu. No se hace teatro con una finalidad simplemente lúdica: se utiliza el juego para despejar los enigmas que por su antigüedad o su carácter histórico —tabú del papel empolvado, del libro inaccesible a las masas— se sitúan en una lejanía aparentemente inalcanzable. Cuando el mito es iluminado por la interpretación y cuando, gracias a la luz del arte, vuelve a ser patrimonio de la imaginación del público, se recupera su vitalidad, su vigencia, su valor eterno. De otro modo, el drama no tiene objeto o tiene —lo que es lamentable— un objeto percedero, semejante al del deporte o al de la diversión contingente.

En segundo lugar, la puesta en escena de "Tupac Amaru" de Dragún por el Teatro Popular del Cuzco ha demostrado, una vez más, que el teatro es un complemento de la educación pública y que su fomento debiera ser asumido por el estado, a quien toca, por mandato constitucional, ocuparse de ampliar los conocimientos y enriquecer el espíritu del pueblo. Por último, ese triunfo, que se debe al esfuerzo de gentes desinteresadas y anhelosas de llevar la cultura a las mayorías, habla claramente de la disponibilidad que, como una reserva, posee el pueblo del Perú para asumir, asimilar e incorporar a su acervo los valores que tenazmente procuran hurtarle ciertos órganos de expresión —especialmente la radio y ahora la televisión—, manejados con fines únicamente comerciales, merced al melodrama chabacano, al atosigamiento de música sensual y a la publicidad que no repara en ningún tópico de mal gusto. Lima verá, según se promete, al Teatro Popular del Cuzco con "Tupac Amaru". Lo pedimos desde esta columna con la confianza de que en esa visita se repetirá un secular prodigio peruano: la cultura desciende de los Andes y nos da el sentido que estamos perdiendo.